

## COMENTARIOS

Ulrich Fleischmann

Me ha gustado mucho la exposición de Léon-François Hoffmann; sin embargo, quisiera comenzar por una advertencia. Su tesis central: "*Plus ça change, plus c'est la même chose*", un comentario sobre el "Haití eterno" que, no importa lo que se haga, tropieza siempre con la misma piedra de la barbarie y la anarquía, es del mismo modo uno de los discursos que acompañan al país desde su independencia. En este discurso, sujeto y objeto, actores y víctimas se confunden continuamente. Los extranjeros que, a lo largo de todo el siglo XIX, deploraron la incapacidad de Haití para gobernarse, cuidaron de perpetuar esta situación, y el propio Firmin, que había predicado tan elocuentemente el orden y la paz, terminó también por hacer su pequeña revolución sangrienta.

Una literatura que, como la de Haití, vuelve de modo obsesivo sobre sí misma, es decir, sobre los discursos que ha creado y repetido, tiende a hacer desaparecer las fronteras entre su exterior y su interior. Anténor Firmin no era únicamente autor, él mismo se convirtió en tema literario, paradigma nacional por excelencia que personifica hasta hoy el mito haitiano del intelectual

trágico y desconocido. Su derrota política se inscribe, fatalmente, en el discurso explicativo de todas las desgracias de Haití: el grupo de los intelectuales de buena voluntad y, sobretudo, de renombre internacional que habría podido salvar al país, se empantana ingenuamente en el juego maquiavélico y mezquino de la política local. Esta eterna oposición entre el intelectual honesto y devoto y las fuerzas del mal es uno de los temas persistentes en las letras haitianas. El genio incomprendido —encarnado por Toussaint L'Ouverture o André Rigaud según el tinte político— es un personaje que domina la historiografía haitiana desde mediados del siglo XIX. Este *leitmotiv* persiste en los textos de antropología haitiana donde, junto a Firmin, figuran Louis-Joseph Janvier y Frédéric Marcelin: se deploran las miserias y los problemas de la sociedad haitiana para mejor exaltar las cualidades de los intelectuales, descritos como seres tan extraordinarios como solitarios. Ellos están por encima de su sociedad por mucho a causa de su "carácter absolutamente europeo", de acuerdo con el juicio de Anténor Firmin acerca de su co-

lega Louis-Joseph Janvier.<sup>1</sup> La función política de este discurso sobre el intelectual ignorado aparece claramente en el título de otra obra de la época: *Les Théoriciens au pouvoir*, de Demesvar Delorme.<sup>2</sup> Y la "novela nacional", género floreciente al fin de siglo, explota extensamente la contradicción, a menudo cómica, entre la incompetencia de los políticos de turno y la neutralización de las personalidades de la élite que habrían podido salvar al país.

El "caso Firmin" responde perfectamente por lo tanto a un tema dominante del discurso político en Haití. Con ciertos matices, este discurso sobre el héroe bueno, pero incomprendido por su medio ignorante, se prolonga hasta nuestros días. Este aspecto me parece importante, pues las analogías hechas por Léon-François Hoffmann entre el "caso Firmin" y los acontecimientos recientes en Haití presentan un cierto carácter ahistórico y por lo tanto ecléctico. Sería imposible enumerar las circunstancias que convergen en las miserias haitianas de hoy. La historia no se repite, pero los discursos que la acompañan tienen una larga vida; debo agregar incluso que vivimos en una época en la que la idea de historicidad da lugar cada vez más a la reaparición de viejas contradicciones que la memoria po-

pular colectiva ha conservado cuidadosamente. Así, el "caso Firmin" contiene un buen número de ingredientes que volvemos a encontrar en la situación actual: Firmin era, como Aristide, de origen humilde; ambos aparecen como visionarios capaces de ofrecer una solución al atolladero político y social. Ambos estaban dotados de un poder carismático considerable, pero no pertenecían a ninguna de las clases tradicionales que, después de casi dos siglos, siguen repartiéndose el poder y los escasos recursos del país. Ellos debían por lo tanto, y aquí me parece la relación más importante, compensar su falta de inserción en los grupos políticos tradicionales por referencia a modelos universales y por el apoyo extranjero. Hace falta que, ante individuos tan admirables como Louis-Joseph Janvier y Anténor Firmin, entre otros, los extranjeros constaten, junto con un personaje francés de la novela de Jean-Baptiste Cinéas *Le Choc en retour*: "No es un país bárbaro el que se deja conducir por hombres de temple que son un honor para la humanidad".<sup>3</sup>

Quiérase o no, esta estrategia de legitimación cae también en la trampa de los discursos establecidos y, por lo tanto, comporta ciertos riesgos.

Vale la pena indicar que la publicación de *Monsieur Roosevelt* provocó violentas críticas en Haití. En

<sup>1</sup> Anténor Firmin, *De l'égalité des races humaines*. Paris: Cotillon, 1887, p. 467.

<sup>2</sup> Demesvar Delorme, *Les Théoriciens au pouvoir*. Paris: Henri Plon, 1870.

<sup>3</sup> Jean-Baptiste Cinéas, *Le Choc en retour*. Port-au-Prince: Henri Deschamps, 1948, 176.

este libro encontramos el rastro de una carta de Firmin que él reproduce en una publicación que compuso durante su exilio, las *Lettres de Saint-Thomas*. En ella, Firmin se defiende de la acusación de "tender desesperadamente los brazos hacia los Estados Unidos y Francia esperando que nuestra salvación provenga de esas grandes naciones".<sup>4</sup> Desgraciadamente, desconozco el artículo que provocó esta respuesta de Firmin, pero es fácil deducir que se trataba de una crítica "noiriste", es

---

<sup>4</sup> Anténor Firmin, *Lettres de Saint-Thomas. Études sociologiques, historiques et littéraires*. 1910. Port-au-Prince: Fardin, 1986, p. 421.

decir de la fracción política que, después de la revolución en Santo Domingo, predicaba que Haití, la nueva nación *sui generis* rodeada por países blancos y esclavistas, debía resolver por sí misma sus asuntos.

Vemos hoy, entre los militares de Haití y sus esbirros, la resurgencia de este mismo discurso aislacionista que hoy se autodenomina "nacionalista" y que persigue siempre el mismo fin: justificar un comportamiento egoísta y asesino. Me gustaría modificar ligeramente la tesis de Léon-François Hoffmann por la siguiente: "*Plus on parle, plus on dit la même chose*".